

W. STANLEY MOSS

MAL ENCUENTRO
A LA LUZ DE LA LUNA

EL SECUESTRO DEL GENERAL
KREIPE EN CRETA DURANTE
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

POST SCRIPTUM
DE PATRICK LEIGH FERMOR

PRÓLOGO Y EPÍLOGO
DE IAIN MONCREIFFE

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE DOLORES PAYÁS

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Ill Met by Moonlight*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

- © The Estate of William Stanley Moss. Publicado originalmente por George G. Harrap (1950)
© del prólogo y del epílogo, 1950 by Lady Moncreiffe of that Ilk
© del *post scriptum*, 2001 by Patrick Leigh Fermor. Publicado con el acuerdo de The Folio Society, Londres
© de la traducción, 2014 by Dolores Payás Puigarnau
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de Stanley Moss y Patrick Leigh Fermor

ISBN: 978-84-16011-12-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 10 452-2014

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PREFACIO

A principios de 1945 el Ministerio de Guerra prohibió la aparición de este libro. Pero ahora, cuando el tiempo ya ha suavizado el filo del censor, puede ser publicado casi como fue escrito. Ciertamente que tiene sesenta páginas menos, y que en el lapso transcurrido entre su concepción y su publicación el título ha sido utilizado por otros escritores. Pero el grueso de la historia (al igual que su título) permanece inalterado. No he intentado ponerla al día ni reescribir ninguna parte del texto. De haberlo hecho se hubiera perdido el espíritu desenfadado y vivaz con que fue escrita en su momento. Yo tenía el entusiasmo—casi rayano en fanfarronería—propio de los veintidós años. Y aun a mi pesar debo admitir que en aquella época éramos todos unos fatuos. Vivíamos al día, lo único que nos interesaba era el ayer (pero no el anteayer), el momento presente y la mañana siguiente. Los diarios personales que más tarde se reescriben y editan cuidadosamente, y que además se acompañan con reflexiones posteriores, pocas veces son un reflejo acertado de las cosas y las personas tal como fueron en el momento de su escritura. Así pues, he decidido que este libro se publique como una transcripción casi directa del diario que yo llevaba en 1944. He añadido algunos comentarios breves (en cursiva) y clarificado algunos asuntos que en el texto original se daban por entendidos pero que hoy necesitan explicación. Y eso es todo en lo que a extras se refiere.

Las entradas de mi diario cubren todos los días de la semana. Esto sólo fue posible porque en Creta hacíamos de nuestras noches los días, igual que si viviéramos en un eter-

PREFACIO

no Ramadán, y por lo tanto disponíamos de mucho tiempo libre durante las horas que pasábamos escondidos. Hago mención del asunto porque de otro modo el lector podría preguntarse, y con toda razón, cómo pude escribir diariamente diez o veinte páginas y a la vez estar escapando de un acoso que nos tuvo en constante movimiento de una punta a otra de la isla.

La narración de esta historia surgió casi de forma automática, y no requirió un gran esfuerzo por parte de su autor. Pero se escribió tan sólo para uso privado y por tanto su punto de vista es muy personal. Hacer público un diario de este tipo es una decisión que ningún escritor tomaría sin sentir cierta inquietud. En esta clase de textos el autor se exhibe sin tapujos y al mismo tiempo pierde esa coraza protectora que acompaña la escritura abordada en tercera persona del singular. Así que... «Si lo que esperan ahora es un buen discurso, me hallarán desarmado: pues lo que tengo que decir es de mi propia cosecha y probaré, sin duda alguna, mis propios errores».^a

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a Patrick Leigh Fermor, que leyó y corrigió este manuscrito, y a Robert Graves, por sus buenos consejos y por permitirme reproducir un pasaje de su libro *El vellocino de oro*. Y ahora sólo me resta mandar estas páginas escritas a Iain Moncreiffe, que ha prometido, generosamente, actuar como el Coro de esta narración.

W. S. M.

Kinnordy, Escocia

^a William Shakespeare, *Enrique IV, segunda parte*. (Las notas del autor irán referenciadas con números, las de la traductora, con letras).

PRÓLOGO

de IAIN MONCREIFFE

El encantador y olvidado nombre de Tara, la antigua fortaleza de los reyes irlandeses emplazada en los bosques de la isla, fue reivindicado y preservado de un modo sorprendente pero bien merecido en la ciudad de El Cairo. Sucedió durante la última guerra, cuando un grupo de amigos bautizó con el nombre de «Tara» una casa a orillas del Nilo que llegó a convertirse en algo parecido a una leyenda.

Los habitantes del hogar eran seis. Sophie Tarnowska, una condesa polaca que había encontrado refugio en Egipto tras cruzar los Balcanes escapando al avance de la marea nazi; Billy MacLean, de los Scots Greys, a quien la guerra le había llevado a muchas aguerridas aventuras en Abisinia, Turquía y Albania; David Smiley, de los Horse Guards, compañero en Eton de Billy, que había acompañado a su amigo en los Balcanes como paracaidista; Patrick Leigh Fermor, que tiene un papel estelar en este libro, y Xan Fielding, que había vivido dos años como agente secreto en Creta. Y, por supuesto, también estaba el autor de estos diarios.

Tara era el lugar al que los cansados Billy y Paddy regresaban siempre, tras pasar meses, o incluso años, realizando tareas a prueba de nervios en territorios ocupados por el enemigo. Sus arriesgadas misiones en los cuerpos de inteligencia eran la envidia de todos los jóvenes del ejército. De la misión que narra este libro, un locutor de radio dijo lo siguiente: «De todas las historias generadas por la guerra, ésta es la que los escolares de todas partes recordarán mejor». También los alegres momentos de ocio y placer

IAIN MONCREIFFE

en El Cairo—tan duramente ganados—de los protagonistas de esta historia eran la envidia de los oficiales, bombarderos y otros compañeros de armas. Éstos tenían una vida árdua que se repartía entre la habitual y sórdida rutina de los campos de batalla y los campamentos de tránsito. Y en cuanto a los integrantes de nuestra plana mayor, los pobres siempre consideraban necesario justificarse y pedir disculpas si alguien les veía descansando al sol en la isla de Gezira, aunque sólo fuera un momento. Las diversiones de Tara, en cambio, se disfrutaban con vigor y pasión, aunque raras veces llegaran a ser realmente libertinas. Además, el trabajo de los moradores de Tara combinaba labores de alto interés político con los peligros de la batalla. Allí había algo de la diplomacia de Cavagnari y también un toque de Robin Hood. La labor de estos hombres consistía, no tanto en convivir y mostrar comprensión hacia los habitantes que habían sido invadidos, sino en ayudarles a que plantaran cara a sus atacantes.

Pocas veces se les podía hallar a todos juntos bajo el techo de Tara, pues su trabajo tenía lugar en diferentes países y se desarrollaba en distintos momentos. Pero como este libro trata de una aventura concreta que les sucedió a dos de ellos, quizá ha llegado el momento de que presente a los *dramatis personae*.

En otoño de 1939, el autor de este libro tenía dieciocho años, acababa de abandonar Charterhouse y vivía en una cabaña de troncos en los pinares de la costa de Letonia. De niño había sobrevivido al monstruoso terremoto que sacudió Japón en 1923, y desde entonces había deambulado por todos los rincones del planeta como un gitano. El estallido de la guerra le encontró en Estocolmo, desde donde por fin consiguió cruzar el mar del Norte hasta Inglaterra en un yate. Después de pasar unos vigorizantes meses como guar-

PRÓLOGO

da voluntario en Caterham, entró en servicio como alferez en los Coldstream Guards. Su disciplina mejoró mientras estuvo como guardia del rey en la corte de St. James, una labor que complementó con momentos de deberes churcharianos en Chequers, la residencia campestre oficial del primer ministro. Entretanto, el tercer batallón de los Coldstream en África había sido duramente diezmado durante su épica salida de Tobruk, y Billy se encontró entre los refuerzos destinados al famoso batallón. Luchó en él cuando Montgomery organizó su propagandística caza de Rommel a través del desierto, y acabó la campaña militar entre los viñedos de Chianti y las fresas de Pantellaria. De allí lo destinaron a El Cairo. Billy era un joven alto y carente de afectación. También era endemoniadamente lánguido y andaba algo encorvado. Se tomaba poco en serio a sí mismo y solía tener una socarronería muy atractiva bailándole en la comisura de la boca. Cuando llegó a El Cairo, explicó que había sido convocado por los servicios de inteligencia por sus conocimientos de la lengua rusa, así que nadie se sorprendió cuando poco después se encontró de camino hacia la isla de Creta, donde se hablaba griego. Parecía natural que le hubieran destinado allí, dado que hablaba muy poco griego y absolutamente nada de alemán. Los vascos suelen asegurar que su lengua era la de la humanidad antes de la torre de Babel. De ser esto cierto, entonces este mundo nuestro, tan empequeñecido por las comunicaciones aéreas, debería lamentar haber dejado de hablar este prehistórico esperanto. De todos modos, una lengua común no siempre es útil para la comprensión mutua entre los semejantes. Algunos *cockneys* han adoptado a esos que llaman *frogs*, o *wops*, o *wogs* sin necesidad de articular una sola palabra. Y lo han hecho de modo protector y muy amistoso, algo que contrasta notablemente con el renacido sadismo

de las guerras civiles modernas. Hoy en día, los fundamentos compartidos de la educación, o de todo lo contrario, sirven para vencer las más profundas barreras del lenguaje, de tal modo que unen a los yanquis con los maorís, y a los alemanes con los japoneses.

Quizá por ello los viajeros ingleses veteranos raras veces se han preocupado en exceso por su precisión en lo que a habilidades lingüísticas se refiere. Por ejemplo, ese hombre amable y británico, Auberon Herbert, ciudadano de Eire aunque de ascendencia galesa, habla deliciosamente el escandinavo antiguo, se vuelve voluble cuando aborda el flamenco o el albanés y conversa en un pulido latín diplomático con monseñores polacos. En consecuencia, estaba perfectamente capacitado para convertirse en un cabo de los ulanos en la Brigada Negra Polaca. Algo similar le sucedió a Paddy Leigh Fermor, aunque él se mostrara inusualmente disgustado con el asunto. En 1940, cuando estaba a punto de convertirse en alférez de la Guardia Irlandesa, fue destinado, muy a regañadientes por su parte, al Cuerpo de Inteligencia. Y eso porque antes de la guerra había estado vagabundeando por Rumania. Así que, por descontado, también fue enviado a Creta. Pero el caballero Paddy al menos conocía a los helenos, pues había tomado parte en una carga de caballería griega durante alguna contrarrevolución en tiempos de Tsaldaris, y como recompensa se le había permitido conservar su caballo. Paddy es un personaje byroniano que usa su poderoso talento creativo para pintar el lienzo de su época con los colores diarios de su propia vida real. Su disposición a la aventura le llevó de las islas griegas hasta una intrincada y vetusta mansión campestre de Rumania (y más tarde, a Caterham, donde los perplejos centinelas interrumpían sus trabajos de limpieza cuando el recluta Leigh Fermor se lanzaba a recitar interminables odas

PRÓLOGO

de Horacio para honrar el recuerdo de su amiga, la princesa Balasha Cantacuzeno). La bota fascista lo expulsó de Rumania llevándolo hasta las puertas de los Guards Depot («La pequeña Esparta», según Kipling). Y fue allí donde conoció a Hugh Dormer, un compañero recluta que más tarde haría en Francia la misma clase de trabajo que él en Creta y que escribiría las siguientes palabras en un diario publicado tras su muerte:¹

Siempre he creído que la filosofía que subyace en estas misiones comprende la totalidad de las cualidades isabelinas: osadía, inextinguibles recursos y una combinación de amor por la aventura y por el propio país. Sin embargo, los tiempos han cambiado y hoy nos enfrentamos a peligros más sombríos sin poder contar con el viejo consuelo de la simpatía pública y la fama que se les reconoce a los mártires. Quien cae prisionero de los alemanes es torturado de modo sistemático y científico. El dolor y la ira quiebran su voluntad y acaba por dar información de valor incalculable que pone en riesgo la seguridad de las vidas de los otros hombres. [...] Las cosas parecen considerablemente románticas antes y después, pero cuando llega el momento de la verdad lo único que hay es monotonía, sudor y sed, y un miedo enfermizo.

Lord Gort dijo una vez que durante la guerra el tiempo se divide entre cortos períodos de intenso miedo y largos períodos de intenso aburrimiento. Esta descripción, que se ajusta mucho a la verdad, se refiere a la vida en los cuarteles y el regimiento, hecha de entrenamientos repetitivos bajo la disciplina de un sargento alternada con la acción en las trincheras. Ciertamente, el miedo en estas últimas resulta inevitable, y pone a prueba la capacidad de autodis-

¹ *Hugh Dormer's Diaries*, Cape, 1947.

IAIN MONCREIFFE

ciplina de los hombres. Pero, en cambio, parte del aburrimiento puede evitarse si se lleva a cabo un trabajo gratificante y arriesgado tras las líneas enemigas. Allí los ataques al enemigo pueden lanzarse casi a diario, y son realizados de modo individual y con resultados concretos inmediatos. Ésta era la clase de acción que atraía a Paddy, y que antes había cautivado a otros moradores de Tara. Paddy había participado en la dura retirada de Grecia y luego de Creta, pero no pasó mucho tiempo antes de que regresara a esta última isla como agente secreto. Disfrazado de pastor y armado con una estación de radio, vivió en aquellas montañas clásicas y durante dieciocho meses mantuvo la antorcha de la libertad encendida junto con los valientes y pacientes isleños.

En otoño de 1943, regresó a El Cairo con una licencia que se había ganado sobradamente. Y allí, en Tara, conoció al autor de este libro. Poco después, durante una noche a la luz de las estrellas en el Club de Chasse, los dos decidieron embarcarse en la aventura que se narra en estas páginas: el secuestro del general Kreipe, comandante de la División Sebastopol en Creta.